

E N S A Y O

▣ **Un fin de siglo.** Adolfo García Ortega. Fondo de Cultura Económica. Madrid, 1988.



No me parece tarea fácil escribir sobre el fin de siglo, éste o el pasado, sin caer en lugares comunes o sin ensayar interpretaciones banales. *Un fin de siglo* de Adolfo García Ortega se aleja de esos dos peligros, porque habla de ello desde el mismo fin de siglo —García Ortega se introduce, de la mano de la literatura que conoce bien, en uno de sus personajes— y, sobre todo, porque se pregunta si es cierto que todos los fines de siglo se parecen. Al lector atento el comprobarlo.

El mayor acierto de *Un fin de siglo* es la forma adoptada para reflexionar no ya sobre la invención literaria, sobre ese querer estar en otra parte de *Baudelaire*, sino sobre nuestro propio fin de siglo. Cabe imaginar que se trata de un cuaderno privado, de un diario tal vez, perdido —uno de esos cuadernos sin nombre ni firma que vuelven a ver la luz mucho tiempo después en una almoneda—, cuyo autor fue un anónimo y privilegiado testigo

del fin de siglo francés y que asiste unas veces como una sombra en segundo plano, otras como un contertulio innominado y otras como un espectador sin rostro a la vida de ese fin de siglo. Y no exclusivamente a la vida literaria, sino a algo más, al fin de una época o de un mundo, en una ciudad, París, donde se escucha ya el sordo rumor que precedió a la gran guerra.

Ese espectador, ese contertulio atento, ese paseante curioso y más que desconfiado, como lo fuera el *flâneur* descrito por *Walter Benjamín*, escéptico y pesimista, pone la vista allí donde la vida bulle, donde parece más vida, para rebelarse contra ella y juzgarla con contundencia, ironía y mordacidad, invisible; se rebela, juzga y denuesta, por la simple razón de que aspira a una vida más alta, distinta, a la que le ofrece la triste cotidianeidad. Ahí su oculta grandeza.

Así, este misterioso personaje que apuesta por la decadencia, el artificio, que se rebela y quisiera estar en otra parte, es contertulio de *Huysmans*, de *Regnier*, de *Samain*, de *Barbey*, visita a *Robert de Montesquieu*; pero también camina sin rumbo por las calles, por los bulevares, bajo la lluvia, observa a los personajes de *Zola*, anota el ruido ensordecedor de los cascos de los caballos, el olor del estiércol, frecuenta los cafés,

Un brindis en el vacío

MIGUEL SANCHEZ-OSTIZ



Cubierta de la «Revue Blanche», 1889-1891

los salones, los prostíbulos, recorre el camino entre el lujo, la miseria y la abyección, y comprueba que él pertenece a otra época. Prefiere la quietud del gabinete o ese retiro al que no llegue el ruido, monótono a la postre, del fin de siglo.

Una época más soñada, más leída, desde luego, que vivida. Una época que tal vez no esté más que en los libros; pero no menos verdadera que la que transcurre, brutal a menudo, al otro lado del vidrio de la ventana y en la que, desde luego, la masificación —las notas de este dietario se afirman en la diferencia y en un individualismo radical—, la vulgarización y la estupidez del torrente del siglo que a casi todos arrastra. El no se deja arrastrar. Resiste. Es un misántropo que se refugia en la literatura, en otra literatura muy distinta a la que corre como falso papel moneda y, sobre todo, se resiste a ser un contemporáneo de esa babel. Es más, le aterra la posibilidad de serlo.

Inventación o recreación literaria, incluso pastiche, sí; pero también *Un fin de siglo* es una reflexión aguda y lúcida sobre una época extenuada que, sin embargo, se celebra como la mejor de las posibles, sobre las actitudes éticas y morales que la dominan, sobre la ansiedad del hombre, sobre su incertidumbre, sobre la masificación, el poder del dinero, sobre la pérdida de la identidad, sobre la dificultad de mantener una individualidad poderosa y de aspirar y llevar una vida más alta que la que pueda ofrecernos el ruido de la contemporaneidad.